

hora bien,
entorno,

lantera en
te, peque-
en la lla-
ión de «la

DE LA PRESENCIA ESPAÑOLA EN EL NORTE DE ÁFRICA DURANTE LA MODERNIDAD

(Algunas claves para la intelección del proceso)

Felipe MAILLO SALGADO

La caída de Granada, la expansión hispana por el norte de África y la expatriación de moriscos hacia esas tierras, engendrarán grandes consecuencias de orden demográfico, económico-social y político, dando lugar a graves trastornos en las sociedades de Marruecos, de Argelia y, en menor grado, en la de Túnez, sobre todo en el siglo XVI. Por otro lado, la desaparición de al-Andalus y la decadencia magrebí se conjugaría con la ofensiva portuguesa y española.

Tener en cuenta estos dos procesos concomitantes se hace indispensable a la hora de buscar una explicación intelectual para ese periodo histórico que me propongo sintetizar.

Ambos procesos se desarrollan en dos etapas: la primera viene informada por el debilitamiento del Marruecos *maríní* y *watfásí* y la preeminencia portuguesa; la segunda se caracteriza por la decadencia general del Magreb y la preponderancia española.

Efectivamente, hasta fines del siglo XV la conquista de plazas africanas fue llevada a cabo esencialmente por los portugueses; en 1415 la toma de Ceuta abriría el periodo de ocupación del territorio norteafricano. En vez de avanzar hacia el interior, los portugueses fueron hacia el sur ocupando distintos puntos de la costa atlántica magrebí; en 1458 se apoderan de Alcazarseguir; después Tánger y Arzila en 1471. Esta conquista y ocupación costera portuguesa, efectuada a fines del medievo, cerró «los portillos del Estrecho»¹; ello coadyuvaría a la caída de Granada en manos castellanas. Ya en el siglo XVI los portugueses tomarán Mazagán, para ser exactos en 1502; Agadir en 1505; Mogador en 1506; Safi en 1508; Azamor fue fortificada en 1513², etc., etc.

¹ Cf. A. BAEZA HERRAZTI, *El presidio de Ceuta*, Ceuta, 1985, p. 10.

² Cf. A. C. HESS: *The forgotten frontier. A History of the Sixteenth Century Ibero-African Frontier*, Chicago-London, 1978, p. 16.

Los españoles siguiendo los pasos de los portugueses dirigirían sus empresas también hacia África.

Sabemos muy bien que la unión de Castilla y Aragón en primer lugar tuvo como efecto inmediato la conquista del emirato nazarí de Granada en 1492. Enseguida expediciones particulares, costeadas por magnates andaluces, se lanzarían sobre la zona del actual Marruecos; en 1496 se fundaba Santa Cruz de Mar Pequeña en la costa sahariana y atlántica, más o menos frente a Canarias; pero sería en la costa mediterránea magrebí donde la presencia española alcanzará sus mayores logros: una expedición organizada por el duque de Medina Sidonia ocupará Melilla en 1497³.

Ante esta intromisión hispana en el Magreb uno se hace una serie de preguntas que pueden reducirse a ésta: ¿Cómo fue posible todo aquello entonces y no en otro momento?

Para contestar a esta pregunta es preciso hacer un bosquejo general de la situación del Magreb a fines del siglo XV.

Para esta época nos basta remitirnos a Juan León el Africano, cuya *Descripción de África*⁴, pese a haberse redactado a principios del XVI, es válida sobre todo para finales del siglo XV. De la lectura de ese texto fácilmente inferimos que la situación del norte de África en ese momento se caracteriza por una fragmentación general de los estados existentes: Trípoli, Bujía y Constantina son independientes de Túnez; Orán lo es asimismo de Tremecén, y Marrákuš lo es con respecto a Fez. Los oasis de la zona norte del Sahara están en manos de diferentes fracciones beduinas *hilālīes*⁵. El comercio de grandes distancias se halla desarticulado y controlado en su punto de salida por los reinos que se han reconstituido en el Sudán occidental, en tanto que las pistas caravaneras han caído bajo el control de los jefes beduinos *hilālīes*⁶; poco a poco ese comercio va a ser desviado hacia los puertos del Atlántico —donde se aposentarán los portugueses— o hacia el este africano.

El agotamiento del comercio empobrecerá las ciudades, que serán de más en más reticentes a pagar impuestos y a la vez más deseosas de autonomía, a fin de —entre otras cosas— evitarlos. La decadencia urbana lleva al empobrecimiento del tesoro real y por lo mismo al debilitamiento militar. Los jefes locales, liberándose de obediencias

³ Conviene destacar que el procedimiento seguido por los reyes para la ocupación, defensa, gobierno y administración de Melilla, se aplicaría casi sin cambios a las demás ciudades que los españoles conquistaron en el norte de África. Resumiéndolo sería como sigue: La Corona firmaba un asiento o una capitulación con un miembro de la nobleza andaluza —tras lo cual se convertía en titular del presidio— y se le exigía el cumplimiento de las cláusulas estipuladas en el contrato. Por esa vía los Guzmanes disfrutaron durante años de la tenencia de Melilla; el duque de Alba se alzó con la de Bujía, y Diego Fernández de Córdoba, alcalde de los Donceles, se hizo con la de Orán y Mazalquivir.

La Corona pues, implantaba de esa forma el régimen señorial en tierras magrebíes promoviendo la constitución de señoríos, que reforzaba mediante la donación o adjudicación de determinados lugares próximos a los presidios a aquéllos que en el momento de la donación estaban desempeñando un papel primordial en la defensa de esas plazas, siendo los beneficiarios precisamente los miembros de la nobleza andaluza que ya poseían su tenencia. Ello naturalmente les daría gran poder económico. Para mayor información sobre estos aspectos remito a los artículos de M.^a T. LÓPEZ BELTRÁN: «Notas sobre la expansión castellana en el Magrib a partir de 1492», *Baetica*, 3 (1980), 155-165, y «Aportación al estudio de los presidios castellanos: Mazalquivir», en *España y el Norte de África. Bases históricas de una relación fundamental. (Aportaciones sobre Melilla). Actas del Primer Congreso Hispano-Africano de las culturas mediterráneas (1984)*, Universidad de Granada, 1987, t. 1, pp. 305-315.

⁴ *Description de l'Afrique*, ed. A. Epaulard, París, 1981, 2 vols.

⁵ Vid. H. R. LORIS «Hilal», *E.J.*, III, 398-399: «L'invasion hilalienne et ses conséquences», *Cahiers de Civilisation Médiévale*, XI (1968), 353-369; J. POSCET, «Le mythe de la 'catastrophe' hilalienne», *Annales*, 22 (1967), 1.099-1.120.

⁶ Este control del tráfico caravanero del sur permite la formación o el reforzamiento de «principados» nómadas.

y sumisiones, sustituirán en sus respectivos territorios a los soberanos; contribuyendo así a acrecentar la desagregación territorial y la debilidad del poder central.

Los hispanos encuentran, pues, un terreno abonado para sus empresas: ciudades autónomas o casi; jefes locales y emires, cada uno de ellos tratando por su cuenta y por separado con un enemigo poderoso y aguerrido; aceptando por lo mismo cualquier alianza o componenda. Los mecanismos, pues, de una decadencia acelerada se instalan: poder central disminuido y desprestigiado, independencia reducida y debilidad acrecentada.

A comienzos del siglo XVI dos nuevos elementos aparecen en la escena magrebí que han de cambiar las circunstancias: la llegada de los turcos al norte de Africa, y la aparición de movimientos políticos-sufíes en Marruecos⁷ que se convertirían en fuerza militar, propugnando la guerra santa contra los infieles y contra quienes los apoyan. Emergerá entonces la dinastía de los jerifes *sa'díes*⁸ en convergencia con algunos de estos movimientos⁹.

El poder turco como sabemos acabaría por extender su imperio por todos los países norteafricanos exceptuando Marruecos. Ahora bien, explicar la aparición de los movimientos sufíes¹⁰ y sus consecuencias socio-políticas es algo más complejo y tenemos que adentrarnos en el dominio de la intrahistoria.

Es evidente que la profunda crisis religiosa sentida por muchos musulimes del tiempo, expresaba el descontento de unas poblaciones contra jefes incapaces de defenderlos de la ocupación y de los continuos ataques y saqueos hispanos; unos jefes, tengámoslo en cuenta, sin medios ni recursos para paliar las intermitentes crisis de subsistencia y las periódicas pestes¹¹. Vemos a través de las crónicas que los emires magrebíes no son verdaderos protagonistas de la desagregación territorial, desagregación —de la que León el Africano nos da idea precisa— que duraría hasta el último cuarto del siglo XVI¹². Esos emires serán reemplazados generalmente por consejos locales en

⁷ El misticismo medieval magrebí tiene sus orígenes en Oriente y sobre todo su justificación. En Occidente tomaría, no obstante, bastante pronto un cariz propio y específico (se convertiría en elemento social actuante de importancia desde el siglo XII) dando lugar, a fines del siglo XV, al desarrollo de las zagúías, que se volverán entonces innegables fuerzas políticas. Cf. H. FERHAT y H. TRIKI «Hagiographie et religion au Maroc médiévale», *Hespéris-Tamuda*, XXIV (1986), 17.

⁸ Estos jerifes se alzarán con la ciudad de Marrákuš en 930/1524 y, posteriormente, se harán con el dominio de Fez en 956/1549. Cf. A. ÍFRANÍ, *Nuzhat al-Hađi*, ed. y trad. O. HOUDAS, París, 1889, pp. 38/19 y 54/19. Estos hechos, aparecen también relatados en *Chronique anonyme de la dynastie Saadienne*. Ed. G. S. COLIN, Rabat, 1934; trad. por E. FAGNAN, *Extrait inédits relatifs au Maghreb*, Argel, 1924, pp. 363-371.

⁹ La naturaleza y los componentes de esta confluencia los ha estudiado M. GARCÍA ARENAL en «Santeté et pouvoir dynastique au Maroc: La résistance de Fès aux Sa'diens», *Annales*, 45 (1990), 1.019-1.042. Esta especialista nos dice que los sa'díes no sólo se apoyaron en confradías sufíes moderadas, sino también en «formes les plus extrêmes du mysticisme et de la religiosité maraboutique, qui attirent les classes rurales les plus démunies et les classes urbaines les plus marginales, toujours et par principe susceptibles d'appuyer un courant qui s'élève contre le pouvoir établi» (pp. 1.023-4).

¹⁰ Sobre estos movimientos remito a R. LE TOURNEAU, «L'Islam nord-africain», *A.I.E.O.*, Argel XV (1957), 183-213; A. FAURE, «Le Tasawwuf et l'école ascétique marocaine», *Mélanges Louis Massignon*, II, pp. 119-131; A. HADIAT, «Role du sufisme dans l'évolution des peuples du Maghrib», *Actes du II^e Congrès international d'études des cultures de la Méditerranée occidentale*, Argel, 1978, pp. 439-445.

¹¹ Acerca de pestes y carestías remito al amplio estudio (que abarca más que su título dice) efectuado por B. ROSENBERGER y H. TRIKI «Famines et épidémies au Maroc aux XVI^e et XVII^e siècles», *Hespéris-Tamuda*, XIV (1973), 109-175; XV (1974), 5-103.

¹² Tras la batalla de Lepanto (1571) los españoles hacen una nueva tentativa para hacerse con el dominio de Túnez; mas esta tentativa se saldará con la derrota de 1574. Los turcos podrán así instalarse, ya sin grandes trabas, definitiva y firmemente en los territorios del Magreb oriental y medio. Mientras en Marruecos la victoria de *Wādī al-Majāzīn* (Alcazarquivir), en 1578, contra los portugueses dejaba libre esa zona de turcos e hispanos, aunque estos últimos permanecieran todavía en algunos presidios costeros (Orán, Mazalquivir y Melilla en manos de los españoles; Ceuta, Tánger y Mazagán bajo dominio portugués).

las villas costeras, y en el interior por jefes de tribus, herederas del poder estatal, y por nuevos personajes de más en más influyentes en la opinión pública: los jefes o, mejor dicho aún, los jeques de las cofradías religiosas¹³.

Todo eso, en efecto, nos habla de una crisis también religiosa: las gentes ante el nuevo estado de cosas no tienen confianza en sus ideales y valores. Esta crisis de conciencia se manifiesta en forma de angustia y de miedo al porvenir. Existe el deseo de huir del ahora e ignorarlo. Se glorifica el pasado a expensas del presente; de ello da buena cuenta la literatura hagiográfica¹⁴, compuesta por autores del tiempo.

Las sociedades norteafricanas —y esencialmente la marroquí— ante las amenazas de la época, buscarán refugio en las zagüías y se someterán a morabitos y santones de toda laya. Esta tendencia caracteriza por sí sola la vida religiosa musulmana del siglo XVI en esas regiones magrebíes¹⁵.

¹³ La expresión «cofradía religiosa», es la traducción de la palabra árabe *ṭarīqa* (plural *ṭariq*) que, a más de significar «camino» y «método», significa «hermandad, asociación de derviches, organización socio-religiosa».

«Las *ṭarīq*, desde el siglo VIII/XIV al XIII/XIX, representaron una especie de poder local más estructurado y más cerca del pueblo que los funcionarios de los gobiernos. El pueblo encontraba en las *ṭarīq*, a la vez, protección sociopolítica y una cierta cultura religiosa árabe-musulmana, anquilosada sin duda, pero cultura en suma. Las gentes hallaban, ante todo, respuestas a sus aspiraciones religiosas y un escape para huir de la dureza de la vida diaria. La verdadera vida no era la miseria cotidiana, era la exaltación a un «estado» vehiculado por el *dīkr* (repetición obsesionante de jaculatorias hasta llegar al éxtasis) donde la persona, trascendiendo sus propios límites individuales, era invadida por un «todo» en el momento presente, sin pasado ni futuro».

«Las *ṭarīq*, que imponían una enseñanza a sus adeptos como una totalidad, bajo la autoridad suprema e indiscutible del jeque, suscitarían el clima mental de la aceptación pasiva. Pese a lo cual, algunas de ellas, sobre todo en el Magreb, —donde en vez de entregarse al esoterismo oriental o andalusí o encerrarse en el individualismo de los sufíes extremistas— se presentaron como complemento opcional de la enseñanza ortodoxa, haciendo hincapié en las necesidades de la comunidad, por ello se hicieron pronto populares y desempeñaron un papel político importante (los *sa'dīs* llegaron al poder gracias al apoyo incondicional de los jeques de la *ṭarīqa ṣaḥābiya*), puesto que se constituyeron como auténticos poderes reales frente a los gobiernos o administraciones centrales, por eso los gobernantes tuvieron que tomarlas seriamente en cuenta...» F. MAÍLLA SALGADO *Vocabulario Básico de H.ª del Islam*, 2.ª ed., en preparación.

¹⁴ Una literatura ésta, al decir de A. LAROCI, cuya finalidad es símbolo inequívoco de la decadencia del Magreb (Cf. *L'Histoire du Maghreb*, París, 1975, II, pp. 16-17).

¹⁵ Benimerines y zayyānīes, llegados al poder por la fuerza de las armas, prodigaron sus cuidados a los movimientos sufíes —que postulaban, por así decirlo, una mayor democratización y profundización de la religión— a fin de asegurarse unos mínimos de legitimidad. Sus intentos, empero, de canalizarlos —creando madrazas donde se impartía enseñanza teológica y *fiqh* (derecho islámico), creyendo que ello impediría su radicalización— no lograron el objetivo esperado; puesto que la debilidad del poder central no haría más que reforzar esos movimientos sufíes que llegaron a constituir núcleos autónomos.

Su marco eran sobre todo las zagüías. Repartidas por diferentes lugares se constituyeron en focos activos de enseñanza no centralizada. Poco a poco originarían, en Marruecos especialmente, una organización multifuncional (religiosa, social, política, militar y económica) de características moderadas que —sin caer en el esoterismo de movimientos similares, y evitando el extremo individualismo de algunos sufíes coterráneos— se presentaba como un complemento opcional de la enseñanza ortodoxa, conjurando así la desconfianza de los alfaquíes, a la vez que se atendían las necesidades de la comunidad; por todo ello se hicieron rápidamente populares.

Las zagüías fueron ámbitos de adhesión y reunión, en especial, en regiones que escapaban al control del poder central. Las gentes adquirieron la costumbre de recompensar las enseñanzas que recibían allí sus hijos y familiares mediante regalos y donaciones; de ahí que se convirtiesen tales centros en renteros de tierras, desempeñando una función económico-social importante.

Cuando los ataques hispanos tuvieron por escenario los territorios del Magreb las zagüías se volvieron centros militares de defensa, transformándose en *ribāṭ*-s (De ahí el nombre de movimientos morabíticos a menudo dado a esta clase de movilización popular fuera de cuadros estatales).

Estos movimientos que no estaban en principio dirigidos contra el poder central, por su propia naturaleza fueron vehículo y medio para reivindicaciones legitimistas (el papel eminente del maestro, la noción de su ciencia oculta, sus supuestas capacidades sobrenaturales, su piedad, etc.), llegando a converger con el jerifismo. No obstante el morabitismo guardó unos rasgos específicos, educativos y descentralizadores; desempeñaría un papel capital en el Magreb —hasta principios del siglo XX en algunos sitios— especialmente en medio rural, girando a su alrededor la vida del país; habida cuenta que el Marruecos y el Magreb en general hasta el siglo XX era rural en un 90%. F. MAÍLLA SALGADO *Vocabulario Básico de H.ª del Islam*, 2.ª ed., en preparación.

Este conjunto de circunstancias daba lugar, además, a toda una serie de fenómenos convergentes que conviene poner de relieve. No olvidemos que el sufismo era en esas regiones desde mediados del siglo XII una realidad social actuante. Mientras el málíkismo había ido quedándose confinado en las ciudades, el sufismo rural y popular iría ganando terreno durante toda la época almohade. Ello no podía ser de otro modo, habida cuenta que era una auténtica escapatoria para las frustraciones y carencias de unas poblaciones abandonadas a sí mismas, sólo existentes para los gobiernos como *vulgum pecus* pagador de impuestos.

El sufismo con su piedad rudimentaria y práctica —que se oponía al manido discurso técnico y hermético del credo oficial— daba seguridad a unas sociedades que la echaban grandemente en falta. Así, merced a todo ello, jeques y morabitos, situados de manera general entre los desvíos de ciertos grupos sociales y los abusos de los gobiernos, podrán, desde el siglo XV, mediante el poder moral que ejercen, modelar una nueva sensibilidad popular combativa y exigente. Utilizando su prestigio desde las zagüías impondrán la legitimidad carismática de los jerifes *sa'díes* en el siglo XVI, que como imanes, y no como sultanes, podrán frenar el empuje hispano y resistir a los turcos en plena expansión por el resto del Magreb¹⁶.

Poder turco y prestigio de morabitos y jerifes que terminará imponiéndose por distintas zonas en todo el norte de África, salvo en unas pocas ciudades costeras ocupadas por España y Portugal. Los países del Magreb entran así en un nuevo orden y también en una especie de Edad Media en la que el comercio decae, la agricultura recula y el poder se disgrega; al tiempo que los occidentales van a conocer el Renacimiento, efectuarán grandes descubrimientos y pondrán en marcha una gran expansión colonial, apoyándose en la unidad política —que habría de traer el nacimiento del Estado moderno— y en avances tecnológicos sin precedentes que harán de sus ejércitos formidables maquinarias bélicas, gracias a la artillería, al uso generalizado de las armas de fuego y a las nuevas técnicas de combate¹⁷. Ante esta situación los ataques hispanos serán un éxito.

Efectivamente, al iniciarse el siglo XVI los Reyes Católicos decidieron enviar una flota organizada por el conde de Tendilla, gobernador de Granada, al norte de África, cuyo inmediato objetivo era cortar la comunicación que mantenían los moriscos granadinos, por entonces sublevados, con sus correligionarios magrebíes; con ello también se lograrían otros fines, como era reducir los reinos musulmanes al imperio cristiano y, mediante la presencia militar, controlarlos económicamente monopolizando el comercio exterior¹⁸.

Estos proyectos, sin embargo, no fueron llevados a cabo, pues las guerras de Nápoles y la enfermedad y muerte de la reina Isabel, en 1504, obligaron a su aplazamiento. Con el cardenal Cisneros, regente de Castilla, la empresa por fin sería relanzada y una expedición, enviada en el año 1505, lograría conquistar Mazalquivir, antepuerto de la ciudad de Orán. En 1508 otra flota al mando de Pedro Navarro toma el Peñón de Vélez, cuya fortaleza servía de base para empresas piráticas y para efectuar ataques

¹⁶ Sobre este proceso véase M. KABLY *Société, pouvoir et religion au Maroc à la fin du Moyen-Âge*, Paris, 1986, pp. 291-338.

¹⁷ Véanse los capítulos V, VI y VII de la obra de J. VIGOR *El ejército de los Reyes Católicos*, Madrid, 1968.

¹⁸ F. MAILLO SALGADO: «Breves notas sobre la historia y el significado de la palabra *almogataz*», *Studio Zamoren-sis*, 5 (1984), 476.

a las costas españolas; en 1509 el cardenal Cisneros, en compañía de Pedro Navarro, toma Orán y, en 1510, dicho almirante, tomaría Bujía¹⁹.

Pronto las autoridades de Túnez, Tedelis y Mostaganem se someterán al «proteccionado» español, Tremecén, en fin, capital del Magreb central, seguiría el mismo ejemplo. «En 1510, se puede afirmar que la dominación nominal —no siempre efectiva— de los españoles en el litoral magrebí era ya una realidad. Se extendía desde el Peñón de Vélez de la Gomera, ocupado en 1508 y Mazalquivir, al oeste, hasta Túnez, al este. Pedro Navarro quiso extender esta dominación más al este, hasta Trípoli, que fue conquistada el 25 de julio de 1510. La terrible derrota que tuvo que sufrir en Djerba (Gelves), un mes más tarde —denominada por la historiografía española «Primer desastre de Gelves»— marca el final de esta ofensiva triunfal de las armas españolas en el Magreb»²⁰.

La ocupación, empero, de todas estas ciudades fue fácil, habida cuenta que eran autónomas, o casi, y no podían recibir ayuda alguna de un Estado que no existía²¹.

Así los portugueses y españoles, infundidos por una cierta mentalidad de cruzada, se harán con una parte útil de los territorios magrebíes a la vez que consolidaban su control sobre el comercio marítimo, que era móvil muy preciso de esa ofensiva. Los magrebíes incapaces de defender su propio comercio responderán con el corso al igual que lo harían los ingleses dos siglos más tarde ante el monopolio español del mercado americano²².

Ahora bien, mantener la presencia española en las costas del Magreb «exigía sacrificios absolutamente desproporcionados en relación con sus objetivos»²³, pues una vez que lleguen los turcos y los grandes contingentes de moriscos españoles la situación se equilibrará²⁴, tanto más cuanto que los esfuerzos militares españoles no se centran ya en el norte de África sino en Europa y América: el control de Italia, la sublevación de los Países Bajos, la anexión de Portugal y la empresa americana serían tareas prioritarias en el cuadro político-militar de la dominación española del siglo XVI, quedando así relegada la expansión hispana por el norte de África. Las pocas ciudades

¹⁹ Cf. A. C. HESS, *Op. cit.*, pp. 35-44.

²⁰ M. EPALZA de y J. B. VILLAR *Planos y mapas hispánicos de Argelia. Siglos XVI-XVIII*, Madrid, 1988, p. 59. Existe el anónimo relato árabe de esta derrota. Vid. A. de C. MOTYLINSKI «Expedition de Pedro de Navarre et de Garcia de Tolède contra Djerba (1510) d'après les sources abadhites», *Actas du XIV^e Congrès International des Orientalistes (Alger 1905)*, Paris 1908, pp. 133-159.

Del lado cristiano Luis del Mármol Carvajal, entre otros, nos relata estos hechos en el libro sexto de su *Descripción General de Africa*, Granada, 1573, II, fols. 291v-293v.

²¹ En el Marruecos de la época, por ejemplo, la debilidad de los soberanos *wattasies* había llegado a ser tal, que apenas se les obedecía; casi sin tejido administrativo y sin disponer de los medios económicos para subvenir a las necesidades de un medio eficaz aparato estatal, la situación no podía ser de otro modo. León el Africano, testigo de excepción, nos dice: «Le roi de Fez a, en vérité, un grand royaume. Mais il n'a qu'un petit revenu, qui arrive à peine à trois cent mille ducats. Et ce n'est même pas le cinquième de cette somme qui parvient entre ses mains... De plus, la moitié de ce revenu consiste en grain, en bétail en huile, en herbes». *Description de l'Afrique*, ed. A. Epoulard, Paris, 1953, I, p. 238.

²² Cf. A. LAROUÏ *L'histoire du Maghreb. Un essai de synthèse*, Paris, 1970, p. 217.

²³ M. de EPALZA y J. B. VILLAR *Op. cit.*, p. 59.

²⁴ La dinastía de los jerifes *sa'díes*, tras tomar el poder en el Marruecos en 1554, acogió a los moriscos hispanos y los colmaría de toda clase de mercedes, procurándoles, según los casos, ayudas monetarias, tierras cultivables, empleos en la administración pública y puestos en el ejército regular. Los *sa'díes*, con todo, parecen haber mantenido con los dos estados hispanos políticas de diferente signo: «una especie de tregua y de coexistencia pacífica con el reino de España, no exenta de precauciones y reparos, y una abierta hostilidad militar y diplomática hacia el reino de Portugal, hostilidad que perduró hasta la batalla de los Tres Reyes» acaecida en 1578 (Cf. M. HAYYI «Fuentes árabes de la historia de Marruecos y al-Andalus en los siglos XV y XVI», *Relaciones de la Península Ibérica con el Magreb (siglos XIII-XIV)*, ed. Mercedes García Arenal y M.^a J. Viguera, Madrid, 1988, p. 373).

costeras que permanecerán bajo soberanía española, según opinión de algunos especialistas, se convertirían netamente en «presidios» y no en emplazamientos económicos dedicados al comercio o al cultivo de la tierra²⁵. Esta opinión a nuestro juicio quizá sea un poco extrema, puesto que los presidios hispanos si no fueron autosuficientes no dependieron de forma absoluta de los envíos peninsulares. ¿Cómo si no hubieran podido subsistir —por más que fuera a veces muy precariamente²⁶— las ciudades de Orán y Mazalquivir durante la segunda mitad del siglo XVII?, cuando la decadencia española en tiempos de los últimos Austrias dejó abandonados a sí mismos ambos presidios. (Melilla y Ceuta siempre estuvieron mejor comunicadas con la Península).

Es un hecho que sólo pudieron subsistir —además de las presas y cabalgadas— gracias a las cosechas de cereales recogidas en el alfoz de Orán o en su *hinterland*²⁷, de donde provenían aquellas otras recogidas o traídas por los llamados moros de paz²⁸, bien como tributo²⁹, bien como mercancía comercial³⁰. El comercio de diversos géneros ayudaba entonces, como había ayudado antes, al avituallamiento de los presidios³¹. Esquivar estas evidencias es imposible.

²⁵ M. A. de BONES IBARRA «La vida en los presidios del norte de Africa», *Relaciones de la Península Ibérica con el Magreb (siglos XIII-XVI)*, ed. Mercedes García Arenal y M.ª J. Viguera, Madrid, 1988, p. 570.

²⁶ Efectivamente Félix Nieto de Silva, marqués de Tenebrón y capitán general de Orán en sus *Memorias*, terminadas de redactar un año antes de su muerte acaecida en 1691, dice: «En la plaza hallé alguna gente, pero toda de levas y de poquísima caballería; pero lo que me dio más cuidado fue cuando reconocí las fortificaciones, porque mayor miseria ni dentro de Castilla la Vieja la podía haber. *Memorias de D. Félix Nieto de Silva*, Madrid, SBE, 1888, pp. 188.

²⁷ Hay que tener presente que autoridades españolas de las ciudades de Orán y Mazalquivir controlaban un dominio de unos 90 kilómetros alrededor de ambos núcleos urbanos, tierras en las cuales había gran número de aduares y miles de habitantes. Cf. A. T. AL-MADANI *Harb al-Talaqim'a sana bayna l-Yazir wa l-Sbaniya, 1492-1792*, Argel, 1969, p. 447.

²⁸ En el sitio de Orán de 1688, los atacantes, en castigo por su reticencia a unirse a los sitiadores destruyeron «de raíz los aduares de los Moros de la misma jurisdicción, que prontamente no se le unieron para quitar al Presidio el beneficio de la cosecha, y de cualquier comercio conducible a sustentarse».

Mientras el conde Guaró, Virrey de las plazas hispanas del oranesado durante ese sitio contaba quitarle a los sitiadores «assi la Artillería, y pertrechos que havian traído á fuerza de braços, como los Almacenes inmensos de granos, y forrage, que havian juntado, y serviría á abastecer á la Ciudad por algunos años, y subministrar á los Moros Vassallos, que luego despues bolvieran a la obediencia, la forma de sembrar sus campos para el año siguientes». *Relación extraordinaria de los motivos, y fines que tuvo la ambición del Rey de Argel Daudat Ebrahim Jochu, para emprender la conquista de Orán este año de 1688*. Apud. I. BAUER LANDAUER. *Papeles de mi archivo. Relaciones de Africa (Argel) IV*, Madrid, s. a., pp. 175-176 y 184-185.

²⁹ Los moros de paz, o sea, los sometidos al dominio español, pagaban a las autoridades oranesas un tributo anual llamado *romiya*, normalmente «una cantidad de grano que ascendía a dos doblas por aduar; mediante el pago de este tributo el aduar obtenía el amán por el período de un año».

El volumen de esta dobla variaba según la importancia de los aduares (...) la dobla en el año 1708, año en que Argel recuperó la ciudad de Orán, comprendía 112 almudes arábigos, o sea 28 barchillas (*baršál*) españolas, o 43 fanegas castellanas, o lo equivalente a 2.000 kilos». AL-MADANI, *op. cit.*, p. 448.

De acuerdo con esto y para ser exactos —habida cuenta que la fanega castellana es una medida de capacidad de 55 litros y medio— cada aduar al menos tributaba cada año con 4.773 litros de trigo.

³⁰ «Cuando los moros del Reyno de Tremecén tienen paces con las plazas de Orán, las abastecen grandemente de muchas provisiones, mayormente de trigo y cebada para la gente de guerra, uno por dinero, á moderado y barato precio, otro de servicio por el seguro que su Magestad les da: en que además del mucho trigo y cebada con que mayormente abastecen la tierra, de que muchas veces sobra cantidad de que se hacen sacar para España y otras partes, aunque son menester para el ordinario gasto de Orán cuarenta mil fanegas de trigo cada año y doce mil de cebada para que esté cumplido». DIEGO SUÁREZ, *Historia del maestro último que fue de Montesa*, Madrid, SBE, 1889, p. 50.

³¹ Diego SUÁREZ, soldado en Orán durante más de treinta años, hasta 1600, hace mención en repetidas ocasiones de las caravanas o recuas que venían a la ciudad: «Domingo (...) llegó en Orán una grande cáfila, recua de todas bestias, cargadas de henos de todas suertes, que los cosarios de la ladronera de Argel habían tomado en unas naves bretonas y holandesas que captivaron al cabo de San Vicente», *Ibidem*, p. 212. «Domingo (...) 4 de Diciembre del mismo año 1569, llegó á la ciudad de Orán una grande cáfila o recua de camellos, mulas yeguas y caballos, todo cargado de azúcar y confitura de muchas maneras; que venía del Reyno de Fez, á cargo de un judío muy rico de aquel Reyno, que venía acompañado de otros, y de mucha caballería de moros, á su sueldo, para asegurarle de saltadores hasta Orán. Truxeron más de cinco

Por eso, pese a que el dominio español en el Magreb fue el de una ocupación costera y que tuvo un carácter eminentemente militar, no por ello dejaron de ser núcleos de atracción económico-mercantil de mayor o menor vigor según las vicisitudes imperantes; pues no hay que olvidar que los presidios hispanos eran también depósito de mercancías con destino a la metrópoli³².

Nadie puede negar que el negocio de la venta de esclavos fue siempre lucrativo y las presas y cabalgadas de los soldados de los presidios debían procurar ganancias para algunos. Así pues, existió un comercio de esclavos entre Orán y la metrópoli o Italia, comercio considerado nefando hoy día pero comercio en suma. Diego Suárez nos habla de jornadas en las que se cuentan por término medio unos 200 esclavos apresados (incluso más de 400)³³. Eso unido a la apropiación de bestias y rebaños redondeaba las ganancias, a veces se capturaban hasta 7.000 cabezas de ganado³⁴ (amén de ropas u objetos preciosos, armas, etc.) dando lugar a algún comercio; pues muchas veces el ganado como dice Suárez «se pesa en las carnicerías o se vende a los moros, que muchas veces los rescatan, especialmente si son camellos o ganado menudo, cabras y ovejas, de que algunas veces dan trigo y cebada en trueque y cambio deste ganado; empero lo vacuno nunca se les da ni admite rescate»³⁵.

Se sabe perfectamente que en ocasiones los soldados de esos presidios no perciben sueldos ni raciones de alimentos; de ahí que se hiciera necesaria la razia (rebatos, cabalgadas y jornadas), expediciones de castigo y saqueo basadas en el factor sorpresa, que como dice Diego Suárez «nunca pasan de cuatro o cinco días, cuando más se ausentan y faltan de Orán, y lexos, cuando más quince leguas a la tierra adentro, o por la costa del mar, Levante o Poniente»³⁶.

Raramente son expediciones de conquista, son tan sólo de subsistencia, o bien medio rápido y sencillo, pese a los riesgos, de obtener botín, rebaños y esclavos³⁷, cuyo rescate o venta procuraba dinero.

Es cierto que en determinadas épocas de guerra las duras condiciones de vida y el aislamiento transforma a esas ciudades en verdaderos presidios en el sentido etimo-

mil arrobas desta mercancía de que abastecieron la ciudad de Orán, y villa de Marçaelquivir, para más de siete años siguientes, demás de mucha cantidad que se llevo en España, por ser barato y bueno, que ninguno de la Europa le hacía ventaja». *Ibidem*, p. 275.

³² Diego SUÁREZ nos dice que el Maestre de Montesa mandó construir «un magacén (almacén)... para encerrar en él el trigo que los moros de paces del Reino traen de servicio a su Magestad por el seguro que les manda dar, y también otro mucho que traen a vender por el dinero a quellas plazas». Enseguida refiere que había otro fuera de la ciudad, en la marina, y que después se hicieron «Dos grandísimos magacenes, uno sobre otro, en que caben más de veinte mil fanegas de trigo o cebada». *Ibidem*, p. 305.

³³ *Ibidem*, p. 226.

³⁴ *Ibidem*, p. 195.

³⁵ *Ibidem*, p. 88.

³⁶ *Ibidem*, p. 68. Quince leguas son cerca de 84 kms.

³⁷ No olvidemos, empero, que el conflicto cristiano musulmán en el norte de África va a proporcionar durante tres siglos la mayoría de los esclavos a las regiones ribereñas. La presencia de «moros esclavos» en el sureste español y en el país valenciano va a ser una constante histórica. El 76% de los esclavos bautizados en Cartagena (ciudad a medio camino entre Sevilla y Valencia, principales centros de esclavos) tienen su origen en Berbería; de igual manera, en Valencia durante los siglos XVI, XVII y XVIII. Estos moros eran capturados en acciones bélicas o bien comprados por lo general en Orán. Pues si en el seiscientos los moros capturados son llevados, entre otros sitios, a la ciudad de Cartagena o Valencia donde se efectuaba su venta; en el siglo XVIII el principal mercado de esclavos parece ser la ciudad de Orán, y la prueba de que esto era así nos la procura el hecho de que tras la pérdida de la plaza de Orán —coincidente con la guerra de Sucesión— sobrevino una caída drástica del total de esclavos bautizados en Cartagena durante las primeras décadas del siglo XVIII; con su reconquista, en 1732, se asiste a un incremento súbito del número de esclavos bautizados en los años siguientes. Cf. R. TORRES SÁNCHEZ «La esclavitud en Cartagena en los siglos XVII y XVIII», *Contrastes. Revista de Historia Moderna*, 2 (1986), 93-94.

lógico. En teoría su misión continúa siendo la salvaguarda de los intereses de la monarquía en este espacio y la prevención del expansionismo musulmán, aunque en definitiva se limitan a defenderse a sí mismos³⁸.

Los Austrias al perder el interés por el control del norte de África moderarían sus pretensiones expansionistas reduciéndolas a la posesión de unas cuantas ciudades costeras, las cuales llevarían existencia independiente. Sus gobernadores establecerán pactos y alianzas cada uno a su manera y por separado, supuesto que cada presidio tiene problemas diferentes (de entorno, de supervivencia, de cercanía o lejanía de la metrópoli, etc.) que requieren soluciones desemejantes. Cuaja así lo que se ha llamado el sistema de *ocupación limitada*³⁹, única forma de mantenerse en África, en vista de que no se puede realizar una conquista en toda regla.

En dos ocasiones, sin embargo, se intenta una influencia de mayor alcance: la creación de los protectorados de Tremecén y Túnez, mas su resultado final fue el fracaso⁴⁰. A partir de la pérdida de la Goleta (1574) y de la llamada batalla de los Tres Reyes (1578) la presencia española en el norte de África se reducirá cada vez más.

La sociedad española de finales del siglo XVI y la del XVII, como la europea en general, se interesará de más en más por las Indias Occidentales y Orientales, mientras que los asuntos norteafricanos serán tan sólo importantes en las Islas Baleares y las costas mediterráneas peninsulares. Los reveses militares, así como los pocos progresos que se hacen en el dominio del espacio, generan un sentimiento de fracaso⁴¹. Aunque todavía habrá veleidades expansivas: en 1616 se lograría la ocupación de Larche y en 1614 se efectuará la conquista de la Mamora (Mahdiya). Operaciones éstas que se realizan con el propósito de impedir a los musulmanes que amenacen de forma directa las costas del sur de España, al tiempo que se intenta estorbar que los corsarios sean dueños absolutos del Mediterráneo.

Mas el coste que supone mantener esos presidios y los escasos beneficios que se obtienen de ellos lleva a algunos autores a plantearse la posibilidad de abandonarlos. Cosa que se haría con Orán y Mazalquivir en la última década del siglo XVIII⁴².

Aun así no podemos decir en rigor que la empresa española en el norte de Africa en la modernidad fue una empresa completamente fallida y que los hombres que intervinieron en ella fueron las víctimas de un absoluto fracaso. Si los presidios tuvieron un papel desestabilizador en la región —que se tradujo en factor de inseguridad para las poblaciones musulmanas limítrofes golpeadas a menudo por el azote de la razia, debiendo soportar durante tres siglos destrucciones, esclavitud y muerte— también los

³⁸ M. A. BUNES IBARRA «La vida en los presidios...», op. cit., p. 568.

³⁹ Vid. R. RICARD «Les établissements européens en Afrique du Nord du XV^e au XVIII^e siècle et la politique d'occupation restreinte», *Revue Africaine* 79 (1936), 687-688.

⁴⁰ El desastre del conde de Alcaudete en Mostaganem sujetó las ansias de expansión por el norte de África que sentían los españoles. «Si éstos hubiesen logrado ocupar Tremecén, España habría obtenido una posición ventajosa frente a los turcos, pero sesenta años de constante esfuerzo, no les dio el resultado apetecido». CH. DE LA VERONNE, «Política de España, de Marruecos y de los turcos en los reinos de Fez y Tremecén a mediados del siglo XVI», *MEAH*, III (1954), 87-95.

⁴¹ Don Fernando Sangonera, virrey de Mallorca, en carta dirigida a Felipe III, fechada el 4 de abril de 1604, ante los repetidos fracasos, recomienda al rey, en su alianza con el llamado rey del Cuco (Gran Kabilia) contra la regencia de Argel, enviar una fuerza considerable a fin de que dicha empresa pueda realizarse con éxito; dice así: «La navegación de las Barcas a Berbería se acabó, y la experiencia con daño lo a mostrado. De manera que si quiere embiar algo al Cuco me parece que sea Galerías, y tantas, que sean superiores a las fuerzas de mar de Argel. Y no pido perdon deste parecer, porque tengo obligación de dexir el servicio a Su Majestad, como lo entiendo». Apud C. RODRÍGUEZ JOULIA SAINT-CYR *Felipe III y el rey del Cuco*. Madrid, 1953, p. 70.

⁴² J. B. EPALZA, M. y VILLAR *Planos y mapas...*, pp. 70-71.

presidios, o más bien sus cercanías, fueron lugares de relativa seguridad contra los excesos de turcos y de ciertos gobernantes musulimes, basta leer cualquier *relación* del norte de África de las muchas que hay impresas para darse cuenta de ello.

En ciertos periodos los presidios propiciarán contactos e intercambios de toda índole entre hispanos y magrebíes, económicos, culturales⁴³ o simplemente humanos, que iban desde la emigración voluntaria o forzada (con las consecuencias demográficas que esto traía, ya que no solamente emigraron moriscos con sus familias masivamente al Magreb, también hubo una fuerte emigración magrebí a la península Ibérica, por lo general mayoritariamente femenina, joven y fecunda, en edad de procrear)⁴⁴ hasta el trasvase de gente y rebaños, en una especie de trashumancia intercontinental que durante algún tiempo existió y de la que apenas tenemos información⁴⁵. Otro tanto sucede con el capítulo de la pesca, hasta ahora nada estudiado, del que tenemos indicios que fue fructífero y en general bastante amistoso⁴⁶.

Sea como fuere, terminaremos diciendo que los presidios del norte de África fueron zonas económicas y comerciales *sui generis* y que la presencia española en ellos dio lugar a inevitables contactos de todo tipo —y no sólo bélicos— con las gentes magrebíes. Ciertamente es que a partir de la segunda mitad del siglo XVII la zona fue para los europeos en general y para los españoles en particular un escenario de segundo

⁴³ Bastaría recoger los arabismos introducidos en el español en ese periodo y los hispanismos en los dialectos magrebíes de la época, y distribuirlos en campos nacionales, para conocer el verdadero alcance de las influencias recíprocas.

⁴⁴ Durante los años 1521-1522 la gran hambruna seguida de peste que se propagó por el Magreb, especialmente en el territorio actual de Marruecos, dio lugar a la conversión y emigración de muchas gentes hacia la península Ibérica, la mayoría como esclavos a través de los presidios portugueses. Diego de Torres dice que «sobrevino gran peste y hambre en todas aquellas tierras, que se hortaban los unos a los otros y se vendían a los Cristianos de aquellas fuerzas y tan baratos, que acontecía dar un Moro o Mora por una sera de bigos o pasas, tal era el hambre y la carestía si no era de ombres (...). Oí día ai muchos esclavos en España avidos en aquella temporada de precios» (*Relación del origen y suceso de los xarifes y del estado de los reinos de Marruecos, Fez y Tarudante*, Madrid 1980, p. 101). Según el anónimo jerezano *Extracto de las ocurrencias de la peste que afligió a esta ciudad en el año de 1518 hasta el 1523*, fueron unos 60.000 los moros que pasaron a España. Vid. B. ROSENBERGER y H. TUKI «Famides et épidémies au Maroc aux XVI^e et XVII^e siècles», *Hespéris Tamuda*, XIV (1973), 134-135 y XV (1974), 93-95. Conviene tener presente, por otra parte, como ya lo ha afirmado H. Kamen, y han apuntado otros historiadores, que algunos norteafricanos emigraban a España, sobre todo en épocas de penuria, y que la esclavitud era el precio que debían pagar para su posterior integración. Esta prueba parece que no era excesivamente ardua, ya que las condiciones de vida de los esclavos eran parecidas a las de los criados. Vid. A. KAMEN «Mediterranean Slavery in its last phase: The case of Valencia», 1600-1700, *Anuario de historia económica y social*, 3 (1970), 225-227.

⁴⁵ En el *Diálogo entre Pedro Barrantes Maldonado y un caballero extranjero en que cuenta el saco que los turcos hicieron en Gibraltar y el vencimiento y destrucción que la armada de España hizo en la de los turcos, año 1540*, impreso en Alcalá de Henares en 1566, el autor dice: «Que por las paces que Africa ha hecho con España, agora por once años, pasan de España a Berbería muchos cristianos de esta Andalucía con sus ganados, y los apacientan, y siembran en Africa, tan seguros como si sembrasen en Europa; como aquella tierra es fértil, no menos que la campiña de Córdoba ó la vega de Carmona, han cogido en ella tanto pan y traído a España que es cosa más para espantar que para contar».

(*Tres Relaciones Históricas. Gibraltar, Los Xerxes, Alcazarquivir*, Madrid, 1889, p. 19). O sea, desde el año 1529 hasta al menos el 1540 se mantenían unas treguas de paz lo suficientemente estables y seguras como para propiciar el paso de gentes andaluzas con su ganado al norte de Marruecos. Podría argüirse que esto sucedía en plena decadencia *wattasí*, pero da la impresión que esto pudo continuar en ciertos momentos de época *sa'adí*, hasta la expulsión de los moriscos en que las relaciones de españoles y magrebíes se vuelvan más difíciles.

⁴⁶ Hasta un lexicógrafo como fray Diego de Guadix, intérprete de lengua árabe del Santo Oficio de Granada, se hace eco de este asunto, cuando recoge en su inédito repertorio, con licencia de 1593, la palabra *alharma* diciendo: «llaman en la costa de guinea, en cabo blanco y la torre de arguin a cierta Retribución, o señal de Reconocimiento, que pagan a los moros, alarbes; los christianos que van a la pesquería de los caçones, para que en Paz les permitan hazer en tierra sus percheles en que orear y saçonar sus caçones, el tributo, o la Retribución (que aquellos alarbes piden y los christianos pescadores les dan) es tan vaxa y tan nada, como darles cada día nose quantas costras de vizecho y una cantara de agua. de la que llevan de españa en sus nauos. Y a esta Retribucionilla la llaman alharma». *Recopilación de algunos nombres arábigos, que los Moros o Arabes... pusieron en algunas ciudades... con algunos vocablos y verbos arábigos... de que comunmente se usa en las lenguas latina, española y italiana*. Ms. 84-8-4, Biblioteca Capitular Colombina, Sevilla.

orden. Ya no se buscará como antaño, en las edades medias y a principios de la modernidad, productos originarios del África negra venidos a través del Sahara (el oro, principal producto buscado, entonces venía de otros lugares).

Los mercaderes europeos que van a comerciar al norte de Africa se les ve comprar principalmente frutos secos, lanas, minerales y, en fin, grano, cuando hay excedentes. En este cuadro, válido para el siglo XVIII, vemos cómo ya se va perfilando el sistema económico colonialista del siglo XIX, que tan funestas consecuencias traería para estas regiones norteafricanas y cuyos resultados pesan hasta hoy.